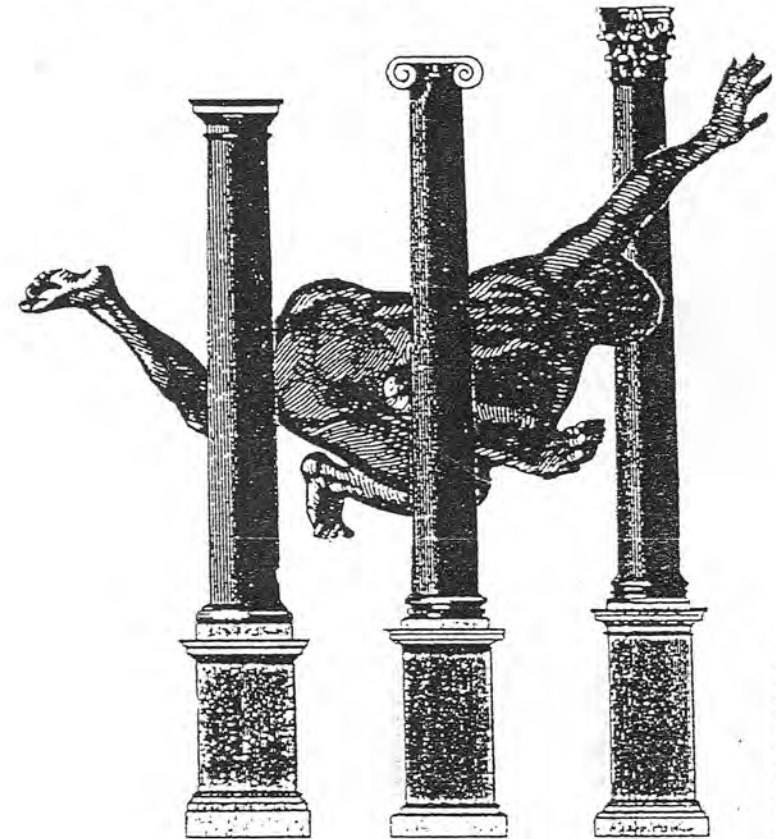


H114-23

156 cps

*Transiciones
de la antigüedad
al feudalismo*

PERRY ANDERSON



22a edición



siglo
veintiuno
editores

Traducción de
SANTOS JULIA

TRANSICIONES DE LA ANTIGUEDAD
AL FEUDALISMO

por
PERRY ANDERSON





siglo veintiuno editores, s.a. de c.v.
 CENTRO DEL AGUA 248 DELEGACION COYOACAN 04310 MEXICO DF

siglo veintiuno de españa editores, s.a.
 CALLE PLAZA 5, 28043 MADRID ESPAÑA

portada de germán montalvo

primera edición en español, 1979
 © siglo xxi de españa, s.a.
 vigésimo segunda edición en español, 1997
 © siglo xxi editores, s.a. de c.v.

isbn 968-23-1720-7

primera edición en inglés, 1974
 © nlb
 título original: *passages from antiquity to feudalism*

derechos reservados conforme a la ley
 impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

Prólogo	1
Agradecimientos	4
PRIMERA PARTE	
I. LA ANTIGÜEDAD CLASICA	
1. El modo de producción esclavista	10
2. Grecia	23
3. El mundo helenístico	40
4. Roma	48
II. LA TRANSICION	
1. El marco germánico	105
2. Las invasiones	110
3. Hacia la síntesis	127
SEGUNDA PARTE	
I. EUROPA OCCIDENTAL	
1. El modo de producción feudal	147
2. Tipología de las formaciones sociales	155
3. El lejano norte	175
4. La dinámica feudal	185
5. La crisis general	201
II. EUROPA ORIENTAL	
1. Al este del Elba	217
2. El freno nómada	221
3. El modelo de desarrollo	233
4. La crisis en el este	251
5. Al sur del Danubio	271
Indice de nombres	302

torial y cultural a las dos zonas cuyo conflicto inicial había dado origen a la Edad Oscura. El descenso de los niveles institucionales de la civilización urbana en la Galia franca acompañaron y permitieron su elevación relativa en la Germania bávara y alamana. Sin embargo, incluso en este campo, la administración merovingia fue singularmente tosca y pobre: los condes enviados a gobernar más allá del Rin no introdujeron ni la escritura, ni la moneda, ni el cristianismo. En sus estructuras económicas, sociales y políticas, Europa occidental había dejado atrás el precario dualismo de las primeras décadas que siguieron a la Antigüedad; había tenido lugar, entre tanto, un áspero proceso de mezcolanza, pero los resultados todavía eran informes y heteróclitos. Ni la simple yuxtaposición ni una tosca mezcla podían dar origen a un nuevo modo de producción general, capaz de salir del callejón sin salida de la esclavitud y el colonato, y con él un nuevo orden social internamente coherente. En otras palabras, únicamente una auténtica *síntesis* podía conseguir esto. Sólo unas pocas señales premonitoras anunciaban la llegada a esa meta final. La más llamativa fue la aparición, evidente ya en el siglo VI, de sistemas antropónimos y toponímicos completamente nuevos —que combinaban elementos lingüísticos germánicos y romanos en unidades organizadas extrañas a ambos— en las tierras fronterizas situadas entre la Galia y Germania²⁶. La lengua hablada, lejos de seguir siempre a los cambios materiales, puede en ocasiones anticiparse a ellos.

²⁶ Musset, *Les invasions. Les vagues germaniques*, p. 197.

La síntesis histórica que finalmente tuvo lugar fue, por supuesto, el feudalismo. El término exacto —*Synthese*— es de Marx, junto con otros historiadores de su tiempo¹. La colisión catastrófica de dos modos anteriores de producción —primitivo y antiguo— en disolución produjo finalmente el orden feudal que se extendió por toda la Europa medieval. Que el feudalismo occidental fue el resultado específico de una fusión de los legados romano y germánico era ya evidente para los pensadores del Renacimiento, cuando por primera vez se puso a debate su génesis². La controversia moderna sobre esta cuestión se remonta esencialmente a Montesquieu, que en la Ilustración afirmó que los orígenes del feudalismo eran germánicos. Desde entonces, el problema de las «proporciones» exactas de la mezcla de elementos romanogermánicos que finalmente generó el feudalismo ha suscitado las pasiones de los sucesivos historiadores nacionalistas, e incluso el mismo timbre del final de la Antigüedad se ha alterado frecuentemente de acuerdo con el patriotismo del cronista. Para Dopsch, que escribía en Austria después de la primera guerra mundial, el colapso del Imperio romano fue la mera culminación de siglos de absorción pacífica por los pueblos germánicos y fue vivido por los habitantes de Occidente como una tranquila liberación. «El mundo romano fue conquistado gradualmente desde dentro por los germanos, que habían penetrado en él pacíficamente durante

¹ En su principal exposición del método histórico, Marx hablaba de los resultados de las conquistas germánicas como un proceso de «interacción» (*Wechselwirkung*) y «fusión» (*Verschmelzung*), el cual generó un nuevo «modo de producción» (*Produktionweise*), que fue una «síntesis» (*Synthese*) de sus dos predecesores: *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie (Einleitung)*, Berlín, 1953, p. 18. [*Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Borrador)*, Madrid, Siglo XXI, 1972.]

² Para el debate del Renacimiento, véase D. R. Kelley, «De origine feodorum: The beginnings of a historical problem», *Speculum*, XXXIX, abril de 1964, núm. 2, pp. 207-28; las afirmaciones de Montesquieu están en *De l'esprit des lois*, libros xxx y xxxi.

siglos y habían asimilado su cultura e incluso asumido frecuentemente su administración, de tal forma que la remoción de su dominio político fue simplemente la consecuencia final de un largo proceso de cambio, como la rectificación de la nomenclatura de una empresa cuyo viejo nombre ha dejado de corresponder desde hace tiempo a los verdaderos directores de la firma [...] Los germanos no fueron enemigos que destruyeron o aniquilaron la cultura romana, sino que, por el contrario, la conservaron y desarrollaron»³. Para Lot, que escribía en Francia aproximadamente en la misma época, el fin de la Antigüedad fue un desastre inimaginable, el holocausto de la civilización: el derecho germánico fue responsable de la «perpetua, desbocada y frenética violencia» y de la «inseguridad en la propiedad» de la época siguiente, cuya «espantosa corrupción» la convirtió en un «período de la historia verdaderamente desventurado»⁴. En Inglaterra, donde no hubo confrontación, sino una simple cesura, entre los órdenes romano y germánico, la controversia se desplazó hacia la inversa invasión de la conquista normanda, y Freeman y Round polemizaron sucesivamente sobre los méritos relativos de las contribuciones «anglosajona» o «latina» al feudalismo local⁵. Los rescoldos de estas disputas todavía están candentes hoy y los historiadores soviéticos tuvieron duros intercambios sobre ellos en una reciente conferencia celebrada en Rusia⁶. Naturalmente, la mez-

³ Alfons Dopsch, *Wirtschaftliche und soziale Grundlagen der europäischen Kulturentwicklung aus der Zeit von Caesar bis auf Karl den Grossen*, Viena, 1920-1923, vol. I, p. 413.

⁴ Ferdinand Lot, *La fin du monde antique et le début du Moyen Age*, París, 1952 (reedición), pp. 462, 469 y 463. Lot acabó su libro a finales de 1921.

⁵ Para Freeman, «la conquista normanda supuso el derrocamiento temporal de nuestra entidad nacional. Pero fue sólo un derrocamiento temporal. Para un observador superficial puede parecer que el pueblo inglés fue borrado momentáneamente de la lista de las naciones, o que solamente existió como cautivo de señores extranjeros en su propia tierra. Pero en unas pocas generaciones llevamos al cautiverio a nuestros conquistadores. Inglaterra volvió a ser Inglaterra una vez más». Edward A. Freeman, *The history of the Norman conquest of England, its causes and results*, Oxford, 1867, vol. I, p. 2. El panegírico del legado anglosajón de Freeman fue atacado por Round en su exaltación no menos vehemente de la llegada normanda. En el año 1066, «el larguísimo cáncer de la paz había dado sus frutos. La tierra estaba madura para el invasor, y un Salvador de la Sociedad estaba cerca»: la conquista normanda llevó por fin a Inglaterra «algo mejor que los áridos apuntes de nuestra desierta crónica nativa». J. H. Round, *Feudal England*, Londres, 1964 (reedición), páginas 304-5, 247.

⁶ Véase la larga discusión en *Srednie Veka*, fasc. 31, 1968, del informe

cla exacta de los antiguos elementos romanos o germánicos en el modo de producción feudal puro como tal tiene, en realidad, mucha menos importancia que su respectiva distribución en las diversas formaciones sociales que aparecieron en la Europa medieval. En otras palabras, lo que se necesita, como veremos más adelante, no es tanto una simple genealogía como una *tipología* del feudalismo europeo.

El origen primigenio de las instituciones específicamente feudales parece a menudo inextricable, dada la ambigüedad de las fuentes y el paralelismo de la evolución de los dos sistemas sociales antecedentes. Así, el vasallaje puede haber tenido sus raíces fundamentales tanto en el *comitatus* germano como en la *clientela* galorromana: dos formas de séquito aristocrático que existieron en ambos lados del Rin mucho antes del fin del Imperio y contribuyeron indudablemente a la aparición definitiva del sistema vasallático⁷. El beneficio, con el que finalmente se fundió para formar el feudo, puede remontarse igualmente a las prácticas eclesiásticas romano-tardías y a los repartos tribales de tierra de los germanos⁸. El señorío, por su parte, procede ciertamente del *fundus* o *villa* galorromana, que no tiene ningún equivalente bárbaro porque son grandes fincas autosuficientes, cultivadas por campesinos dependientes o *coloni* que entregan a su señor terrateniente productos en especie, en lo que es un obvio presagio de una economía señorial⁹. Por el contrario, los enclaves comunales de la aldea

realizado por A. D. Liublinskaia, «Tipologija Ranneo Feodalizma v Zapadnoi Europe i Problema Romano-Germanskovo Sinteza», pp. 17-44. Los participantes fueron: O. L. Vainshtein, M. Ya. Siuziumov, Ya. L. Besmertny, A. P. Kazhdan, M. D. Lordkipanidze, E.V. Gutnova, S. M. Stam, M. L. Abramson, T. I. Desnitskaia, M. M. Friedenberga y V. T. Sirotenko. Obsérvese en particular el tono de las intervenciones de Vainstein y Siuziumov, defensores respectivamente de las contribuciones bárbara e imperial al feudalismo; el segundo —un historiador de Bizancio— pone una inconfundible nota nacional antigermana. En general, los bizantinistas soviéticos parecen profesionalmente inclinados a privilegiar el peso de la Antigüedad en la síntesis feudal. La respuesta de Liublinskaia a la discusión es serena y está llena de sensibilidad.

⁷ Compárese Dopsch, *Wirtschaftliche und soziale Grundlagen*, II, páginas 225-7, que sitúa a los *leudes* como directos antecesores de los medias fueron los *bucellarii* o lugartenientes galorromanos, y los *antrustiones* (guardia palatina) o *leudes* (séquito militar) francos. Para estos últimos, véase Carl Stephenson, *Mediaeval institutions*, Ithaca, 1954, páginas 225-7, que sitúa a los *leudes* como los directos antecesores de los *vassi* carolingios.

⁸ Dopsch, *Wirtschaftliche und soziale Grundlagen*, II, pp. 332-6.

⁹ Dopsch, *ibid.*, I, pp. 332-9. La etimología de los términos clave del feudalismo europeo arroja quizá una pequeña luz sobre sus variados orí-

medieval fueron básicamente una herencia germánica, vestigio de los primeros sistemas rurales forestales después de la evolución general del campesinado bárbaro desde las tenencias aldeales a las dependientes. La servidumbre descende probablemente del estatuto clásico del *colonus* y de la lenta degradación de los campesinos germanos libres por la «encomendación» casi coercitiva a los guerreros de los clanes. El sistema legal y constitucional que se desarrolló durante la Edad Media fue igualmente híbrido. Una justicia de carácter popular y una tradición de obligaciones formalmente recíprocas entre dominantes y dominados dentro de una comunidad tribal común dejaron una profunda huella en las estructuras jurídicas del feudalismo, incluso allí donde los tribunales populares no sobrevivieron, como en Francia. El sistema de Estados que más tarde apareció dentro de las monarquías feudales debía mucho, en especial, a esta última. Por otra parte, el legado romano de un derecho codificado y escrito tuvo también una importancia capital para la específica síntesis jurídica de la Edad Media, mientras que la herencia conciliar de la Iglesia cristiana clásica fue sin duda alguna fundamental para el desarrollo del sistema de Estados¹⁰. En la cumbre del sistema político medieval, la institución de la monarquía feudal representó inicialmente una cambiante amalgama entre el jefe guerrero germánico, semielectivo y con rudimentarias funciones seculares, y el soberano imperial romano, autócrata sagrado de poderes y responsabilidades ilimitados.

Tras el colapso y la confusión de la Edad Oscura, el complejo infra y supraestructural que habría de constituir la estructura general de una totalidad feudal en Europa tenía, pues, un doble origen. Una sola institución, sin embargo, abarcó todo el periodo de transición de la Antigüedad a la Edad Media en una esencial continuidad: la Iglesia cristiana. La Iglesia fue, desde luego, el principal y frágil acueducto a través del cual las reservas culturales del mundo clásico pasaron al nuevo universo de la Europa feudal, cuya cultura se había hecho clerical. La Iglesia, extraño objeto histórico *par excellence*, cuya peculiar

genes. «*Fief*» [feudo] se deriva del germano antiguo *vieh*, que significa rebaños. «*Vassal*» [Vasallo] procede del celta *kwas*, que originalmente significaba esclavo. Por otra parte, «*village*» [aldea] se deriva de la *villa* romana; «*serf*» [siervo], de *servus*, y «*manor*» de *mansus*.

¹⁰ Hintze subraya esta filiación en su ensayo «*Weltgeschichtliche Bedingungen der Repräsentativverfassung*», en Otto Hintze, *Gesammelte Abhandlungen*, vol. 1, Leipzig, 1941, pp. 134-5.

temporalidad nunca ha coincidido con la de una simple secuencia de un sistema económico o político a otro, sino que se ha superpuesto y sobrevivido a muchos en un ritmo propio, nunca ha recibido un tratamiento teórico en el marco del materialismo histórico¹¹. Aquí no podemos hacer nada para remediar esta laguna. Pero son precisos algunos breves comentarios sobre la importancia de su papel en la transición de la Antigüedad al feudalismo, ya que alternativamente se ha exagerado o descuidado en buena parte de los estudios históricos de esta época. En la Antigüedad tardía, la Iglesia cristiana contribuyó indudablemente —como ya hemos visto— al debilitamiento de la capacidad de resistencia del sistema imperial romano. Y lo hizo, no por sus doctrinas desmoralizantes o por sus valores extramundanos, como creían los historiadores de la Ilustración, sino por su enorme volumen mundano. En efecto, el vasto aparato clerical que engendró en el Imperio tardío fue una de las principales razones del excesivo peso parasitario que agotó a la economía y la sociedad romanas, porque de esta forma una segunda y superpuesta burocracia se sumó a la ya opresiva carga del Estado secular. En el siglo VI, los obispos y el clero de lo que quedaba del Imperio eran mucho más numerosos que los funcionarios y agentes administrativos del Estado, y recibían sueldos considerablemente más altos¹². La carga intolerable de este pesadísimo edificio fue un determinante fundamental del colapso del Imperio. La límpida tesis de Gibbon de que el cristianismo fue una de las dos causas fundamentales de la caída del Imperio romano —resumen expresivo del idealismo de la Ilustración— permite así una reformulación materialista.

¹¹ Procedente de una minoría étnica posttribal, triunfante en la Antigüedad tardía, dominante en el feudalismo, decadente y renaciente bajo el capitalismo, la Iglesia romana ha sobrevivido a cualquier otra institución —cultural, política, jurídica o lingüística— históricamente coetánea suya. Engels reflexionó brevemente sobre su larga odisea en *Ludwig Feuerbach and the end of the German classical philosophy* (Marx-Engels, *Selected works*, Londres, 1968, pp. 623-51) [*Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, en Marx-Engels, *Obras escogidas*, vol. II, Madrid, Akal, 1975, pp. 377-426], pero se limitó a registrar la dependencia de sus transformaciones con respecto a las experimentadas por la historia general de los modos de producción. Su específica autonomía y adaptabilidad regional —extraordinaria desde cualquier perspectiva que se adopte— todavía tienen que ser seriamente exploradas. Lukács creía que radicaba en una relativa permanencia de la relación del hombre con la naturaleza, sustrato invisible del cosmos religioso, pero nunca se aventuró más allá de algunas notas marginales sobre la cuestión. Véase G. Lukács, *History and class consciousness*, Londres, 1971, pp. 235-6 [*Historia y conciencia de clase*, Barcelona, Grijalbo, 1976].

¹² Jones, *The later Roman Empire*, vol. II, pp. 933-4, 1046.